

Un rey sin diversión

*... Si me manda su cornamusa y todas las demás piezas
pequeñas que van con ella, las encajaré yo mismo
y tocaré unas canciones muy tristes, que se adaptan bien,
diría yo, a mi penosa situación de prisionero.*

CARTA DE AUDL-RECKIE

Frédéric tiene la serrería en la carretera de Avers. Ha sucedido en ese oficio a su padre, a su abuelo, a su bisabuelo, a todos los Frédéric.

La serrería está justo en la curva, en la horquilla, al borde de la carretera. Allí se yergue un haya; estoy convencido de que no existe ninguna tan bonita: es el Apolo citaredo de las hayas. No es posible encontrar en un haya, ni en ningún otro árbol, una piel tan lisa ni de color más bello, una anchura más exacta, proporciones más justas, ni más nobleza, gracia y eterna juventud. Es exactamente Apolo, piensa uno nada más verlo, y sigue pensándolo incansablemente al mirarlo. Lo más extraordinario es que pueda ser tan hermoso y al mismo tiempo tan sencillo. Está fuera de duda que ese árbol se conoce y se juzga. ¿Cómo tanta justicia podría ser inconsciente? Bastaría un escalofrío de cierzo, un mal uso de la luz del atardecer, un *voladizo* en la inclinación de las hojas para que la belleza, desmoronada, dejara de ser sorprendente.

En 1843, 1844 y 1845, M. V. utilizó mucho esa haya. M. V. era de Chichiliane, una población a veintiún kilómetros de aquí por una carretera serpenteante, al fondo de un pequeño y alto valle. Nadie va por allí. Todos van a cualquier otro sitio, a Clelles (que está de camino), a Mens, van lejos y en todas las direcciones, pero nadie va a Chichiliane. Y es que, si fuesen, ¿qué harían allí? Nada. Es como aquí. Y como en todas partes, pero aquí y allá, sea al este o al oeste, hay a veces un claro, o un bosquecillo o un cruce de caminos. Veintiún kilómetros, en 1843, significaban un poco más de cinco leguas y uno sólo se desplazaba en camisa, con botas y en mulo, o si no nada. Por eso Chichiliane era completamente extraordinario.

No creo que quede ningún V. en Chichiliane. La familia no se acabó, pero ya nadie se apellida V., ni se llama así la taberna, ni la tienda de ultramarinos, y el nombre tampoco está inscrito en la placa del monumento a los muertos.

Hay algunos V. más lejos; si uno sube hasta el puerto de Menet (la carretera, por otra parte, te obliga a atravesar auténticas masas de verde entre las cuales podrías ver más de cien hayas enormes o muy hermosas, pero en absoluto comparables al haya que se yergue junto a la serrería de Frédéric), y luego desciende por la vertiente de Diois, allí sí que encontrará algún V. En la tercera granja a mano derecha desde la carretera, en los prados, con una fuente en la que el caño se compone de dos tejas encajadas, hay malvarrosas en un pequeño huerto de cura, y en vacaciones, o quizá incluso en Pascua (aunque entonces aún hiela en esos parajes), puede verse, sentado al pie de las malvarrosas, a un joven

muy moreno, delgado, con un poco de barba, lo cual le desmesura los ojos, ya de por sí muy grandes y soñadores. Suele estar leyendo (por lo menos, cuando yo lo vi); leía Gérard de Nerval, *Sylvie*. Es uno de los V. Estudia (en fin, estudiaba) en la Escuela Normal, tal vez de Valence o de Grenoble. Y en ese lugar, leer *Sylvie* es bastante curioso. El puerto de Mennet se atraviesa por un túnel tan practicable para el tráfico rodado como una vieja mina abandonada, y la vertiente de Diois en la que desemboca es un caos de olas monstruosas de un tono azul ballena, con salpicaduras negras que propulsan a los pinos hacia no sabría decir dónde, allá arriba, hacia suaves pendientes rocosas de un rosa sucio o de ese gris solapado propio de los grandes moluscos, en fin, hacia tierra, el choque de esas inmensas trampas de agua sombría que se abren sobre ocho mil metros de fondo en el batir de los ciclones. Por eso digo que leer *Sylvie*, allí, resulta curioso; pues la granja, que se llama Les Chirouzes, no solo es solitaria sino que tiene los muros ostensiblemente bombeados en el tejado, del mismo modo en que las puertas y las ventanas se ocultan entre arbotantes enormes: se ve muy bien que la granja tiene miedo. No hay árboles alrededor. Solo puede esconderse en la tierra y está claro que lo intenta con todas sus fuerzas: los pastos de detrás son más altos que el tejado. La huerta está allí, a cuatro pasos de un lado, rodeada de alambre (diría), y las malvarrosas están allí, no se sabe por qué, y V. (Amédée), el hijo, también está allí, delante de todo eso. Lee *Sylvie*, de Gérard de Nerval. Leía *Sylvie* de Gérard de Nerval cuando yo lo vi. No vi a su padre, ni a su madre; no sé si tiene hermanos o hermanas; solo sé que es un V., que estudia en la Escuela Normal de Valence o de Grenoble y que pasa sus vacaciones allí, en su casa.

Ni siquiera sé si es un pariente, un descendiente de aquel V. de 1843. Es la única familia que lleva ese nombre en las proximidades —relativas— de Chichiliane.

Nunca pude averiguar cómo era exactamente el V. de 1843. No supieron decirme si era alto o bajo. Yo lo imagino con barba, un poco como la barba del joven que ahora lee a Gérard de Nerval, con pelo muy oscuro, muy vigoroso, muy rizado y sin duda muy espeso, pero que produce una barba un poco rala a través de la cual se percibe vagamente la forma del mentón. No es una barba hermosa, pero sí una barba —sé muy bien lo que quiero decir—, una barba necesaria, obligada, indispensable. ¿Alto? Dios mío, podría haber sido bajito, a condición de ser fornido; pero sin duda tiene gran fuerza física.

Se lo pregunté a mi amigo Sazerat, de Prébois. Él escribió cuatro o cinco opúsculos de historia regional sobre ese rincón de Trièves. En su biblioteca encontré mucha iconografía sobre Cartouche y Mandrin, sobre los hombres lobo, con retratos de sus distintas fauces (no falta una canina). Sazerat tiene los retratos de dos o tres estranguladores de pastoras e incluso gran cantidad de documentos sobre un tal Brachet, notario de Saint-Baudille, que «reventó la caja en honor de una leona»;¹ pero sobre mi V., el de 1843, nada, ni una palabra.

Sin embargo, Sazerat conoce la historia. Todo el mundo la conoce. Hay que sacar el tema porque si no, nadie dice nada al respecto. Sazerat me dijo: «Es por delicadeza. Le consideraban un enfermo, un loco. Intentaban por todos los medios que no pasara a la posteridad. Está claro que nadie va a parar

1. *Leona* se decía de una mujer atractiva y elegante. El notario en cuestión dio prueba de fuerza física reventando la caja para impresionar a aquella dama. (Todas las notas son de la traductora.)

los coches en la carretera por él, pero no está tan claro que no vaya a surgir en algún momento alguien que cometa alguna extravagancia. Más vale no hablar de esa clase de cosas, para no llamar la atención».

Yo le digo: «Venga, venga, ¡no me lo estás contando todo!». «Claro que sí», dice él; «¿qué quieres que te oculte?»

Naturalmente, él es historiador. No oculta nada; solo interpreta. Pero lo que ocurrió en la realidad es más bonito, o eso creo yo.

Así pues, el 43 (1800, naturalmente). Diciembre. El invierno había empezado pronto y desde entonces de prisa, sin despegar. Todos los días el cierzo; las nubes se agolpaban en la herradura entre el Archat, el Jocond, la Plainie, el monte de Pâtres y el Avers. A las nubes de octubre, ya ennegrecidas, se añadieron las de noviembre aún más negras, y luego las de diciembre por encima, muy negras y cargadas. Todo se condensaba sobre nosotros, sin moverse. La luz era verde, luego de color tripa de liebre, luego negra, con la particularidad de que, a pesar del negro, tenía sombras de un púrpura profundo. Ocho días atrás aún se divisaba el Habert del Jocond, el lindero del bosque de abetos, el claro de las gencianas y un pedacito de los prados que penden allá arriba. Después, las nubes ocultaron todo eso. Entonces aún se veía Préfleuri y los troncos de árboles arrojados de la tala. Más tarde, las nubes descendieron aún más y ocultaron Préfleuri y los troncos de árboles. Las nubes se detuvieron a lo largo de la carretera que sube al puerto. Se veían los arcos y la diligencia de las doce y cuarto dirigiéndose hacia Saint-Maurice. Aún no había nieve, así que había que apresurarse a pasar el puerto en ambos

sentidos. Aún se veía muy bien el albergue (esa construcción que hoy llaman *Texaco* porque tiene anuncios de aceite para coches en sus paredes), se veía el albergue y todo un tráfico de caballos de encuarte para los carros de carga que se apresuraban aprovechando que el paso estaba libre. Se vio la calesa del viajante de la casa Colomb y Bernard, comerciantes de pernos en Grenoble. Descendía el puerto. Cuando él volvía, significaba que el puerto no tardaría en atascarse. Luego, las nubes cubrieron la carretera, *Texaco* y todo; chorrearon más abajo, en los prados de Bernard, los setos vivos; y esa mañana aún se veían las veinte o veinticinco casas del pueblo con su densa capa de sombra púrpura bajo el toldo, pero ya no se veía la aguja del campanario, cortada al raso por la nube, justo por encima de los Sur, Norte, Este, Oeste de la veleta.

Justo después se puso a nevar. A mediodía todo estaba cubierto ya, todo se había borrado, ya no había mundo, ni ruidos, ni nada. Densos vapores se deslizaban de los tejados y envolvían las casas como un manto; el mariposeo de la nieve que caía aclaraba la sombra de las ventanas y la volvía de un tono rosa sangre fresca, y se veía batir el metrónomo de una mano secando la escarcha del cristal, y luego aparecía un rostro demacrado y cruel, mirando.

Todos esos rostros, sean de hombres, de mujeres, incluso de niños, tienen barbas postizas hechas de la oscuridad de las habitaciones de las que emergen, barbas de rafia negra que devoran sus bocas. Todos tienen el aire de sacerdotes de una especie de serpiente emplumada, incluso el cura católico, a pesar del *ora pro nobis* que se ve grabado en el dintel de su ventana.

Una hora, dos horas, tres horas; la nieve sigue cayendo. Cuatro horas; es de noche; se encienden los hogares; nieva. Cinco horas. Seis, siete; se encienden las lámparas; nieva. Fuera, ya

no hay tierra ni cielo, ni pueblo, ni montaña; no hay más que los montones hundidos de esa densa polvareda helada de un mundo que ha debido de estallar. La propia estancia donde se apaga el hogar ya no es habitable. No queda nada habitable, es decir, no hay ya ningún lugar donde pueda imaginarse un mundo con colores de pavo real, excepto el lecho. Y aún, bien tapados y arrebujaos, dos juntos, o tres, cuatro, a veces cinco. Cuesta imaginar que algo pueda ser aún tan vasto como los cuerpos. ¿Quién habría pensado en Chichiliane?

Y con todo, era justamente eso.

Un día, dos días, tres días, veinte días de nieve; hasta las proximidades del 16 de diciembre. No se sabe exactamente la fecha, pero en fin, 15, 16 o 17, uno de esos tres días, al anocheecer, no encontraban a Marie Chazottes.

—¿Cómo que no la encuentran?

—No, ha desaparecido.

—¿Qué me dice?

—Ha desaparecido a las tres de la tarde. Primero creían que había ido a casa de su comadre, pero no. A casa de tal otro, tampoco. No la han visto en ninguna parte.

Al día siguiente, a través de la tormenta de nieve que continuaba arreciando, se vio pasar a Bergues con sus raquetas, bajando junto al cementerio protestante, hacia los Adrets. Se vio a otro subiendo hacia la Plainie por el camino de las cabras. Y a un tercero que se apresuraba hacia Saint-Maurice para, desde allí, tras haber buscado en los pequeños valles, ir a avisar a los gendarmes.

Porque Marie Chazottes había desaparecido sin dejar rastro. Había salido de su casa hacia las tres de la tarde con un simple chal. Su madre había tenido que llamarla para que se pusiera los zuecos. Salía en zapatillas porque solo iba, dijo,